

SAN BENITO DE NURSIA

La vida de los santos, como la vida de los héroes, no puede comprenderse a fondo si no se tiene un sentido exacto de los siglos en que actuaron y de los ideales que los impulsaron. Un santo del siglo VI no es un santo del siglo XII ni del siglo XVI. La santidad encierra tres etapas que compendian el desarrollo de la religión cristiana y muestran el camino inmenso que en las conciencias de los hombres trazó el catolicismo. Los primeros santos fueron mártires y ascetas. La lucha contra el paganismo producía almas ciegas que lo mismo se dejaban martirizar en el circo que consumir en la oración. A este período pertenecen miles de mártires anónimos y santos sublimes como Antonio. Con San Benito de Nursia comienza una segunda etapa de la santidad. El paganismo aún no había desaparecido. Europa se debatía en una semibarbarie y los monjes tenían que crear una cultura y unir el trabajo y el estudio a la oración. El tercer período de la santidad se inicia, a nuestro juicio, con San Francisco. Europa había aniquilado el paganismo. El estudio y la vida contemplativa se dividían las horas de los monjes. Francisco comprendió que el cristianismo no podía extenderse si los frailes no salían a predicar por los caminos y no se acercaban a los infieles. Hasta entonces lo habían hecho con la espada; desde ese momento lo harían con la cruz. Así se inició la predicación y así nacieron las peregrinaciones a tierras remotas. Francisco abrió con su ejemplo los caminos del Oriente y los frailes viajeros señalaron la ruta

a Marco Polo y prepararon la concepción de Colón. Desde el siglo XIII los santos son seres completos, superiores. San Ignacio representa la síntesis suprema.

La vida de San Benito no es sólo la vida de un hombre: es la vida de una etapa de la santidad reformada por un hombre. El siglo V fué en Europa de grandes convulsiones. La cultura romana había sido ahogada por la irrupción de los bárbaros. Las fuerzas del Norte de Europa habían comenzado un destino destructor de civilizaciones. El cristianismo avanzaba lentamente. Los bárbaros y los romanos se unían en un solo pueblo. Empezaba para Italia la llamada edad media: ese período de transformación profunda de donde otra nación europea —España— hizo surgir los tiempos modernos. El fin de la edad antigua y el principio de la edad media son uno de los momentos de mayor dramatismo de la humanidad. La ciudadanía romana, extendida a los pobladores libres del inmenso imperio, significó la constitución definitiva del estado romano y también la señal de su inevitable derrumbe. El estado romano cayó como imperio ecuménico y sobre sus ruinas nacieron las naciones de Europa. En este período premedieval, que va desde el siglo III al siglo VI, se incuban las luchas que ensangrientan la edad media y los tiempos modernos. También aparecen en el imperio romano las monarquías absolutas, imitadas de las autocracias orientales, y el emperador dejó de ser el primero de los ciudadanos para convertirse en señor. El alto funcionario de otros tiempos empezó a divinizarse y a formar con sus hijos una dinastía. La religión cristiana no sostuvo fuertes luchas en su expansión. La tolerancia de los romanos era muy grande en cuestiones religiosas, y sólo reaccionaba cuando no se respetaba el culto al emperador, representante del estado. El pueblo era ateo o supersticioso. Las clases elevadas se entregaban a lecturas filosóficas. En general el cristianismo penetraba en las almas con dulzura, mezclándose a veces con prácticas paganas. Las persecuciones hicieron sucumbir muchos mártires; pero no fueron ni tantas ni tan espantosas como se ha afirmado. La lucha era más bien

sorda y los choques eran más de ideas que de cuerpos. El pagano se mostraba indiferente y a veces gustaba aceptar otros dioses; pero las conversiones no las hacían misioneros experimentados, sino cristianos nuevos, paganos ellos mismos hasta poco antes. Sus armas eran su pobreza, sus oraciones y su fe. La fuerza de la Iglesia, mientras Europa seguía sumida en sus cultos primitivos, hacía en Roma dueña de todas las riendas. Los pontífices romanos recibieron del emperador, a mediados del siglo V, el poder supremo sobre la Iglesia. Este reconocimiento del emperador al pontífice despertó la rivalidad entre el estado y la iglesia. La fuerza espiritual de Roma llegó con los siglos a ser más intensa y duradera que su fuerza política, y ella representó, cuando muchos estados dejaron de existir, un supernacionalismo y un superestado. Esta superpatria religiosa fué rota a comienzos de la edad moderna por la rebelión de Lutero.

Los avances de los pueblos bárbaros del Norte y del Oriente de Europa terminaron por deshacer el imperio romano en el año 476. En este año cayó el último emperador romano y Europa continuó su existencia medieval de luchas continuas. La paz romana dejó un fermento de guerras que constituyeron el fin principal de todos los hombres. Al mismo tiempo se expandieron sobre Europa los judíos y cada ciudad tuvo su barrio hebreo.

La civilización moderna suele ignorar lo que debe a la edad antigua y, especialmente, al período premedieval. Nuestras modalidades, nuestras costumbres, datan de las épocas prehistóricas, de los tiempos romanos y de los primeros pasos del cristianismo. La nueva religión, al conquistar los espíritus, dió una unidad y una cohesión a las ciudades. La vida municipal se salvó en lo interior de las iglesias. Los obispos gobernaban como pequeños reyes. En cuanto a los verdaderos reyes llevaban una vida ruda, mezcla de crímenes y de supersticiones. Las herejías producían guerras y odios infinitos. Los príncipes se traicionaban dentro de sus mismas familias y asesinaban en formas horribles. Las invasiones de los hunos

y otros pueblos bárbaros cubrieron Europa de matanzas horrendas. Clovis, el primer rey cristiano de las Galias, aseguró su poder con una serie de crímenes. En Oriente las disputas teológicas producían desórdenes espantosos. En Occidente la autoridad del Papa era más firme; pero las luchas de los francos contra los godos y los esfuerzos de Justiniano para anexar Europa a su imperio de Oriente, traían nuevos desastres. Estos desastres, sin embargo, enriquecían la civilización con los aportes de la cultura bizantina en Italia, el intercambio de artistas y comerciantes, las influencias recíprocas de los estilos, la fuerza de la iglesia católica y la expansión del monacato.

Los monjes vivían en los primeros siglos del cristianismo una existencia errante o aislada, entregados a la oración y a la contemplación. Eran solitarios que se alejaban del mundo para espiar sus pecados y huir de las tentaciones. Algunos reunían sus cabañas y formaban pequeños pueblos. Otros andaban como perdidos por los caminos. Los más se escondían en cuevas y sometían a sacrificios y torturas. La vida monástica carecía de una legislación uniforme. Los primeros monasterios que comenzaron a fundarse en Europa y en el Norte de Africa tenían cada uno su regla particular. En algunos monasterios impartía las órdenes un superior. La ociosidad conducía a las prácticas más extrañas y no faltaban monjes que para alcanzar la divinidad se encerraban meses y años en habitaciones estrechas como sepulcros que se hallaban a los lados de los altares. Era la mentalidad de los eremitas africanos que imponía estos castigos a la carne.

La decadencia del mundo antiguo ha sido atribuida a la invasión de los bárbaros y a la acción del cristianismo que transformó los espíritus paganos. En realidad, la decadencia del imperio se debió a la muerte de su propia cultura. Es un hecho comprobado, en biología histórica, que las culturas nacen, se desarrollan y mueren como organismos. Lo que resta por aquilatar son las causas que producen la muerte de una cultura. No es este el momento de exponer teorías historiosó-

ficas. Lo que puede señalarse es la coincidencia de acontecimientos determinados por la evolución de pueblos y de religiones, con hechos al parecer casuales e insignificantes en medio del panorama del mundo, como el nacer de un niño en un pueblo perdido. En la historia de la humanidad han tenido más influencia ciertos nacimientos humildes y osceuros, que catástrofes, migraciones y guerras. En efecto: en el año 480, a los cuatro años de haber caído el último emperador romano de Occidente, nació en el pueblo de Nursia, antigua ciudad murada de la provincia de Umbria, patria de Vespasiano, de Marcial y de Sertorio, un niño a quien sus padres pusieron por nombre Benedictus.

Las fuentes que se refieren a la vida del santo son escasas y pobres. La tradición es en ellas su mejor guía, y lo milagros son sus más fuertes pruebas. Se ha dicho que los padres de Benito pertenecían a antiguas familias romanas. El santo vino a la tierra en una antigua villa convertida en castillo. Era la época en que los romanos cristianizados transformábanse en señores feudales. Benito tenía una hermana gemela, Escolástica. Cuando llegó a la adolescencia se trasladó a Roma, a ampliar sus estudios. Lo acompañó una antigua nodriza de origen griego y de nombre Cirila.

La vida de los jóvenes estudiantes en la Roma del siglo VI nos es conocida por muchas referencias. En las escuelas elementales los alumnos eran educados a fuerza de latigazos. La costumbre de castigar duramente a los niños fué común en Roma y pasó a la edad media. Quintiliano, primero, y San Agustín, después, protestaron contra este hábito cruel. Los estudios superiores no eran los de los siglos clásicos. La decadencia aumentaba pavorosamente y el cristianismo sustituía la cultura romana con un gusto nuevo por las cosas divinas.

Benito no perduró en sus estudios. Poco se sabe, en realidad, acerca del por qué abandonó las aulas y las tentaciones de Roma. Los autores religiosos lo atribuyen a la gracia de Dios. Tal vez sea la solución más acertada. Pero lo indudable es que Benito comprendió la inutilidad de aquellos libros y

no quiso caer en los vicios que arrastraban a sus compañeros. Las corrupciones de la Roma pagana sobrevivían al lado de los conventos. Unos hombres se hacían soldados; otros envejecían en la vida disoluta y los más se consagraban a Dios. Era, como hoy en día, una cuestión de temperamentos y de inclinaciones. Además, Benito se sintió inspirado por las lecturas que hablaban de los santos de la Tebaida. El símbolo de don Quijote, alucinado por los libros de su biblioteca, es más eterno y universal de lo que se ha supuesto. Fueron los libros los que crearon toda una caballería de imitación y dieron vida, también, a caballeros auténticos e inmortales. En el caso de Benito puede afirmarse que los libros decidieron su destino. Leía historias de los ascetas de la Palestina y del desierto de Egipto. Eran actos de sacrificio que entraban en los límites de lo maravilloso. Muchos son los autores que han divulgado esas torturas sobrenaturales. Una reclusa vivió diez años encerrada en un sepulcro. Un monje pasó treinta años en una gruta. Varios fueron los ascetas que vivieron largos años en lo alto de una columna. Detenernos sobre otros martirios sería superfluo. Estos hechos asombrosos eran contados por innumerables peregrinos. Infinidad de opúsculos los repetían con palabras inflamadas. El efecto que causaban a menudo era instantáneo. Servidores del emperador se sentían tocados por la llama divina al leer la vida de un santo. No olvidemos que corría el primer período de la santidad. Los ejemplos del martirio y de la fe ciega producían conversiones a millares. Caravanas de peregrinos se dirigían al Oriente para admirar a los santos vivos. Muchos se quedaban en aquellos desiertos ansioso morir por la gloria de Dios. Los que volvían contaban maravillas que originaban nuevas conversiones. Benito fué uno de estos tantos convertidos; pero lo extraordinario de su existencia y de su santidad, el auténtico valor histórico de su conversión, lo que da a su nombre una trascendencia que no tuvieron los otros santos de la Tebaida —célebres, únicamente, por sus absurdas penitencias— reside en el hecho de que Benito no fué un imitador, como todos los ascetas de su tiempo, sino

un reformador de la misma vida monacal que lo había convertido y el creador de una nueva santidad.

Benito quiso, como todos los exaltados de aquel entonces, realizar una obra superior a la de los demás hombres. No sabemos por qué no intentó trasladarse en peregrinación al Oriente y quedarse a vivir solo entre las hienas o en medio de una laguna. El deseo irrefrenable de dirigirse a orar a un desierto no le hizo pensar en largos viajes. Era muy joven —no pasaba de los veinte años— y salió de Rom acompañado por su vieja nodriza, también tocada por las maravillas que oía. Se detuvieron en el pueblo de Enfide. Cuenta San Gregorio que un día la mujer lloró amargamente porque se le rompió una criba de barro cocido. Benito juntó los trozos del vaso y se puso a rezar. Cuando terminó, la criba quedó como nueva. No queremos analizar este milagro sencillo e ingenuo. Sólo anotamos que Benito, por su causa, tuvo que partir de ese lugar. La criba había sido colgada a la entrada de la iglesia. Las gentes miraban a Benito con admiración. Lo llamaban santo. El joven se sintió molesto, herido en su humildad, y huyó de Enfide, solo, dejando abandonada a su nodriza. El nombre de Cirila no vuelve a aparecer en su historia.

Comienza, ahora, una nueva vida. Benito eligió para su retiro los montes Apenninos. No era esta hermosa región árida y llena de misterio como el desierto de la Tebaida. En un punto Nerón había hecho construir tres lagos artificiales. Benito halló del palacio imperial ruinas informes, y en vez de cortesanos disolutos vió la sombra de un monje llamado Román. Este monje lo invitó a encerrarse en un monasterio. Benito rechazó el ofrecimiento y pidió ocultarse más lejos, donde pudiese vivir como los solitarios de Egipto. Es así como inició su retiro en la gruta de Subiaco: lugar agreste, duro y frío. La soledad era intensa, volaban pájaros negros y de noche aullaban las fieras. Cada tanto lo visitaba el monje Román. Benito vencía los malos pensamientos con actos heroicos. Cierta vez se le apareció la imagen de una joven. Esta joven la había conocido años antes en Roma y era bella como un ensue-

ño. Entonces se revolcó desnudo en las zarzas, llenándose el cuerpo de infinitas heridas. Siglos después San Francisco bendijo las zarzas y las espinas se convirtieron en rosas.

La soledad de Benito fué poblándose lentamente con las visitas de pastores. Aquellos hombres simples escuchaban embelesados la palabra dulce del anacoreta vestido de pieles que les hablaba de la gloria de Dios. Un día llegaron a su retiro los monjes del convento de Vicovaro. Eran devotos que vivían sin una regla fija, un poco como cenobitas y un poco como ermitaños. Le pidieron que se pusiese al frente de su comunidad. Benito se negó, pues sospechaba que aquellos hombres, acostumbrados a ciertas libertades, no se sujetarían a la disciplina que él iba e imponerles. Los ruegos fueron tantos que se trasladó al convento. El ensayo resultó un fracaso. Los monjes querían seguir su vida de desorden y para librarse de Benito llegaron a echarle veneno en el vino. Benito bendijo el vino y el vaso saltó a pedazos. Triste y decepcionado, el santo volvió a su gruta de Subiaco.

Este primer contacto de San Benito con la vida conventual debió impresionarlo profundamente. Se habían medido dos géneros de existencias: la de un solitario consagrado a Dios y la de monjes en comunidad. La de estos últimos estaba librada a la voluntad de cada cual y a las débiles órdenes, que nadie obedecía, de un superior común. Les faltaba una regla y una disciplina. Por ello habían llegado a considerar como el mayor de los males la palabra de orden y de trabajo que les predicaba el santo. Lo que ocurría en el monasterio de Vicovaro pasaba, con igual o menor intensidad, en todos los monasterios. El primer período de la santidad —del ascetismo puro, de los sacrificios supremos y de los ejemplos terribles— había comenzado a decaer. Ya no eran necesarias las muestras espantosas de renunciación. Los hombres que se entregaban a la soledad caían en el ocio o en los vicios. Los anacoretas puros constituían un motivo de asombro y los monasterios contaban, cada vez, con menos hombres santos.

La fama de la santidad de Benito llegó a Roma y a otras

ciudades. Los espíritus desengañados del mundo comenzaron a acudir a su derredor. En breve tiempo rodearon a San Benito ciento cincuenta y seis hombres. Vivían en aquellos bosques de la Umbría con la sinceridad y el amor de las más buenas intenciones. Benito rehuyó en un principio la idea de fundar un gran monasterio. Dividió a sus fieles en doce pequeños conventos y reservó en el suyo, de San Clemente, a los jóvenes que necesitaban instrucciones. Entre estos jóvenes se hallaban dos niños llamados Plácido y Mauro. Sus padres, nobles romanos, los habían confiado al santo para que les diera educación. Algunos eruditos creen que San Benito gobernaba a sus monjes de acuerdo con la antigua regla de San Basilio.

Cuenta San Gregorio que en este tiempo Benito realizó muchos milagros. Son milagros simples, ingenuos, inventados por las gentes humildes. Lo que merece ser destacado no son, precisamente, estos supuestos hechos sobrenaturales, sino el estudio práctico que Benito hizo de la actividad de los monjes, de sus necesidades, de sus virtudes, de sus defectos, de lo que era preciso estimular y de lo que era necesario reprimir. Fue elaborando en su mente la serie de preceptos, órdenes y consejos que más tarde constituirían su regla inmortal.

Un mal sacerdote, celoso de los triunfos espirituales de San Benito, trató por segunda vez de envenenarlo y corromper las almas de sus discípulos. A estas maldades atribuyen los biógrafos la resolución de Benito de abandonar el lugar de Subiaco. Bendijo a sus monjes y miró el camino. Cuando se hallaba distante de su grupo de fieles llegó un monje a decirle que podía volver, que el mal sacerdote había muerto repentinamente. Benito no quiso regresar. Comprendió que en aquel camino tenía mucho que hacer y siguió adelante. Este alejamiento de Benito es la resolución de su destino. A veces muestra muchas enseñanzas señalar el momento en que un hecho aparece prefijado. Benito tenía que salir de Subiaco y dirigirse al lugar donde redactaría su regla y cumpliría su misión. Los hagiógrafos dicen que aquí intervienen secretos designios. La causa verdadera es menos divina; pero más his-

tórica. El padre del joven Plácido, discípulo de Benito, había entregado al santo las tierras, aún paganas, de Montecasino. Esta donación fué la primera de los señores feudales a los monasterios. Benito debía tomar posesión de las tierras donadas y desterrar de ellas la idolatría.

San Benito llegó a Montecasino en el año 529. Treinta y cinco años antes los godos habían arrasado la población. De las magníficas ruinas romanas sólo quedaban ruinas dispersas. Los pobladores habían olvidado los principios de la religión católica y habían vuelto al paganismo. Junto a los muros de la vieja ciudad se levantaban estatuas de dioses paganos. Benito sintió mucha pena cuando vió estos ídolos. Antes de empezar a destruirlos se encerró en la vieja torre romana y pasó cuarenta días de oración y ayuno. Luego empezó a derribar las estatuas. En su lugar levantó cruces. El altar a Apolo lo transformó en capilla a San Juan Bautista. La ciudad pagana se convirtió en ciudad de Dios.

San Gregorio, el biógrafo máximo del santo, refiere que Benito realizó muchos milagros. Estos hechos portentosos no interesan al historiador. Lo que se sabe de positivo es que Benito hizo de Montecasino el centro reformador del monacato cristiano. Las gentes se sentían dominadas por el ejemplo y la palabra de aquel hombre y sus fieles compañeros. Oían cómo predicaban, y veían, asombrados, las tierras incultas transformarse en fértiles campos. Acudían a su derredor y le ofrecían sus manos y sus voluntades. Benito tomó mucho amor a aquellos bosques y a aquellos aldeanos sobre los cuales flotaba el espíritu de Dios. Una fuerza secreta unía cada vez más la vida de Benito a las piedras de Montecasino. Quince años vivió en este lugar, hasta el día de su muerte. Durante este tiempo Benito cumplió una obra portentosa. Fué arquitecto, organizador y legislador. En primer término construyó un cenobio para sus monjes. No quería que aquellos santos varones viviesen como anacoretas ni como vagabundos. El convento debía ser una ciudad y bastarse a si mismo en

todas sus necesidades. Para ello era preciso trabajar, muy fuertemente, venciendo obstáculos infinitos.

Los pobres frailes veían la mano del demonio en las dificultades más duras. Si un bloque de piedra era excesivamente pesado imaginaban que el diablo lo oprimía. Si una pared se derrumbaba, era el mal espíritu que la había destruído. La presencia del demonio multiplicaba sus fuerzas. Hay que convenir en que hoy en día, en que no se admiten las influencias maléficas de otros tiempos, los hombres no tienen la fuerza de voluntad, verdaderamente suprema y sublime, de quienes se erguían para luchar contra seres invisibles.

La organización interna y externa que Benito dió a su orden la convirtió en el instrumento social, más perfecto y de más hondos alcances, de la primera edad media. Transformó radicalmente el monacato y prestó a la Iglesia católica una fuerza nueva. El convento era en pequeño una patria y un estado. Los monjes no constituían un ejército, como se ha dicho muchas veces, sino un estado. Hay que distinguir entre naciones y estados. Las primeras son grupos homogéneos de hombres. Los segundos son constituciones políticas. La orden benedictina fué en los siglos confusos de la edad media el estado más perfecto. Cada convento tenía a su frente un abad. El abad no era un autócrata. Gobernaba con el consentimiento y el consejo de todos los monjes. Los asuntos de importancia eran resueltos en el capítulo. Los monjes más ancianos y los más jóvenes emitían sus opiniones. Nadie era excluído de estas asambleas en las cuales se resolvía, con el voto de todos sus componentes, la marcha del estado monacal. Puede afirmarse que los conventos benedictinos fueron en el mundo los primeros centros democráticos. Su organización interna se adelantó en cientos de años a las más elevadas conquistas de la moderna democracia. El abad no era la única autoridad del monasterio. Con el consejo de los monjes elegía un prior o ministro encargado de ejecutar sus órdenes. Varios monjes decanos tenían que observar si las disposiciones se cumplían. Estos decanos eran elegidos de acuerdo con sus méritos y su

virtud y no por su edad. La vida en el convento se desarrollaba en una forma armónica, productiva, sana y espiritual. De las veinticuatro horas del día los monjes consagraban tres horas y media a la oración, media hora a meditar, cuatro horas a la lectura y estudio, seis horas y media al trabajo, ocho horas y media al sueño y una hora a las comidas. En el invierno el trabajo y la lectura disminuían y aumentaban el sueño y la meditación. Esta vida, admirablemente resuelta, fué puntualizada por San Benito en su regla famosa.

La regla de San Benito no contiene ni grandes innovaciones, ni profundas originalidades. San Benito no fué en puridad un inventor. Pero en cambio supo elegir y codificar. Eligió, con sumo cuidado, lo que más convenía para una vida severa de oración, de trabajo y de estudio. Esta labor fué difícilísima y sólo un hombre dotado de una experiencia extraordinaria, de un sentido exacto de la vida, de la resistencia humana y de la posibilidad de los fines perseguidos, como fué San Benito, pudo señalar con tanta exactitud y justicia las tareas que debían practicar los monjes y su completo género de vida. Luego vino la redacción de la regla. Ella contiene, punto por punto, todo lo que los monjes debían cumplir. Su lectura parece sencilla, transparente. Esta claridad revela la perfección y nitidez mental de su autor. No hay en ella obscuridades. Ningún párrafo se presta a dobles interpretaciones. El espíritu más simple puede comprenderla y seguirla sin temor de equivocarse. Los monjes humildes, los hombres de pocas luces y los paganos recién convertidos estaban seguros que con ese santo libro en la mano sus pasos no se extraviaban y sus obras eran acertadas y nobles. El mismo San Benito lo dice al final de su Regla: "Hemos trazado esta regla para que observándola en los monasterios demos a entender que tenemos alguna regularidad en nuestras costumbres y los principios de una vida religiosa... Tu, pues, cualquiera que seas, que te das prisa por llegar a la patria celestial, pon por obra con la gracia de Jesucristo esta regla que hemos escrito, como un corto principio de la vida monástica,

que en fin, con su práctica llegarás, como ya dijimos, con el fervor divino, a la cumbre de la sabiduría y de la virtud”.

Las fuentes de la regla de San Benito se hallan en la Biblia y en las obras de los Padres de la Iglesia. Todo lo que en ella figura existía y se practicaba aisladamente en los cenobios de Oriente y Occidente. San Pacomio, San Basilio y Casiano habían impuesto a sus monjes muchos de sus pormenores. Pero San Benito tuvo el mérito de erigir en principios, simples normas de vida. Fué el primer hombre cristiano que enseñó a gobernar. Organizó, también por el primero, la vida monástica. Su Regla se presenta en la historia humana como el primer monumento del arte legislativo. Ningún otro libro de la antigüedad contiene, como éste, aparte de su prólogo, un código moral de nueve capítulos; un código religioso de trece; un código penal de veintinueve; un código político de cuatro, y un código sobre asuntos varios de doce.

En los monasterios benedictinos se cumplía el doble ideal del creyente cristiano que tiene el espíritu en el cielo y el cuerpo en la tierra. Los monjes eran el más fuerte elemento civilizador de trabajo y de cultura. Cultivaban los campos, levantaban edificios, fabricaban muebles, utensilios, trajes, y, al mismo tiempo, ahondaban la filosofía y copiaban viejos libros en primorosos manuscritos. Las ruinas de las ciudades romanas, gracias al trabajo de los monjes, empezaron a repararse. Pueblos enteros fueron reconstruídos. Miles de ermitas alegraron las rutas y ofrecieron un refugio a los caminantes. Los monasterios de San Benito inauguraron la hospitalidad para los peregrinos. Los nobles, los mercaderes y los más humildes viajeros hallaron en sus hospederías habitaciones cómodas y comidas sanas. Los bosques impenetrables fueron cruzados por amplios caminos. Donde se levantaba un convento pronto se agrupaban a su derredor muchas casas y este conjunto de casas se convertía en una ciudad. Miles de jóvenes aprendieron en los monasterios benedictinos oficios manuales y el arte de las letras y de la filosofía. El trabajo y el estudio que impusieron en todas partes los monjes de San Benito con-

tribuyeron eficazmente a organizar la sociedad medieval y crearon una cultura. En los conventos, además, se custodiaron durante siglos las obras más preciadas de la literatura y filosofía antiguas. Cuando la invención de la imprenta circuló por Europa halló en los conventos benedictinos los tesoros de los tiempos clásicos. En Italia los primeros libros impresos salieron del monasterio benedictino de San Cosme y San Damián. La orden de San Benito salvó para el mundo todo el esplendor de Grecia y de Roma hundido por los germanos.

Las crónicas que refieren, en forma emocionada, la vida de San Benito, cuentan que el rey godo Totila quiso probar con una estratagema la santidad del abad de Montecasino. Benito triunfó milagrosamente en la prueba. El significado de estos hechos es más profundo. Represente la conversión de un grupo de godos herejes, partidarios del arianismo. El cisma entre católicos y arianos era muy fuerte. La cristiandad, aun vacilante, recibía duros golpes con la acción de los heterodoxos arianos. La herejía no prosperó. Sus defensores no pudieron competir con el talento y con la fe de los sacerdotes católicos y los reyes ganados en un principio por el arianismo volvieron pronto al catolicismo.

El final de la vida de San Benito está embellecido por un dulce episodio. Es el encuentro con su hermana Escolástica. Las crónicas relatan que una paloma blanca anunció al santo la muerte de su hermana. En la edad media las almas puras recibían estos avisos del cielo y la historia poética no podía omitir este detalle en la existencia del santo. Pero la historia crítica halla en la última etapa de la vida terrena de Benito hechos más trascendentes: la fundación de monasterios benedictinos para mujeres. Santa Escolástica fué su propagadora. Los monasterios de monjas benedictinas se multiplicaron en la edad media. Las jóvenes hallaban en sus celdas un refugio, y en sus aulas, una instrucción. Algunos monasterios de benedictinas tuvieron una importancia histórica extraordinaria.

A los cuarenta días de la muerte de su hermana Esco-

lástica, San Benito fué arrebatado de esta vida. Tiempo antes tuvo la visión de que su monasterio sería destruído; pero al año de este presagio vió su orden extendida en Francia. El obispo de Mans llamó a los monjes de Montecasino, y San Mauro, con unos pocos compañeros, fundó los primeros monasterios benedictinos franceses. Cuando la visión de San Benito llegó a cumplirse y los lombardos destruyeron Montecasino, la orden benedictina era poderosa en Europa.

San Benito murió como los héroes antiguos: de pie, sostenido por sus discípulos, con los brazos y el rostro levantados al cielo. Era el 21 de marzo del año 543. Dice la tradición que tenía una altísima estatura; el rostro digno y bueno, y el porte grave. Imponía respeto y veneración. Reía muy poco. Sentía emociones intensas y amaba hondamente la amistad. No conocemos ningún retrato auténtico. Su espíritu vive en su orden y en el alma de sus monjes. En la historia su aparición sobre la tierra fué más luminosa que la de un santo. Santos hubo millares que pasaron silenciosos a la obscuridad. Benito fué en los comienzos de la edad media el más grande legislador de la vida monástica y el hombre que con sus colmenas de monjes organizó la sociedad barbarizada. La decadencia de Roma, el cambio de las conciencias vencidas por el cristianismo y la irrupción de los bárbaros habían convertido Europa en un continente de masas informes, sin cultura y sin ideales. Los monasterios benedictinos enseñaron a los hombres a trabajar y a vivir con normas, y recogieron en sus bibliotecas las obras perdidas de Grecia y de Roma. La sociedad fué organizada; el pensamiento clásico no se hundió bajo las ruinas de las columnas, y los reyes, fanáticos, unos, y bárbaros, otros, tuvieron en los monjes maestros y consejeros. La disolución fué detenida. El espíritu de los hombres se fortaleció. Las leyes, hasta entonces impotentes, de Justiniano, pudieron aplicarse en forma práctica. Los dogmas dejaron de ser una teoría de apologistas católicos para convertirse en una realidad. Los monasterios benedictinos fueron gérmenes de ciudades y de universidades. Su expansión en Europa sig-

nificó la muerte definitiva del paganismo y el comienzo de una edad media creadora y fecunda, de donde surgirían pujantes los tiempos modernos. Sin el nacimiento de este santo italiano y el desarrollo prodigioso de su orden, la cultura de Occidente habría tomado caminos que no sospechamos. Los monasterios benedictinos que se levantaron en toda Europa dieron a la ciencia un carácter internacional. La cultura romana fué llevada por los monjes a Inglaterra, a Francia y a Alemania. Los benedictinos españoles, arrojados de su patria por la invasión de los árabes, pasaron a todas las naciones de Europa y dejaron en ellas la marca de su cultura. San Isidoro de Sevilla se convirtió, de este modo, en maestro y guía de Rábano Mauro y de los grandes enciclopedistas de la edad media. Otro español, Pirminio, pasó a Luxemburgo en el año 720 y fundó abadías en Suiza, Baviera y Alsacia. La influencia de los textos litúrgicos mozárabes y de la cultura española se descubre en la liturgia, en las viñetas y en la caligrafía de los códices de toda Europa. El mundo europeo, gracias a la orden benedictina, tuvo una unidad espiritual y cultural que sólo rompió, a raíz del descubrimiento de América, el monje Lutero. Por estas razones San Benito de Nursia es junto con San Antonio, San Francisco y San Ignacio una de las cuatro columnas sobre las cuales reposa la cultura occidental. Además, la orden de San Benito realizó uno de los milagros más grandes de todos los tiempos; un milagro que obró sobre las almas de millones de hombres y transformó una parte de la humanidad: los bárbaros que destruyeron el imperio romano, civilizados por los benedictinos, salvaron el cristianismo.

ENRIQUE DE GANDIA